



MADRID: En la Administracion, un mes 12 rs., tres meses 32, seis meses 60.—Por los comisionados: un mes 14 rs., tres meses 36, seis meses 70.

EL REINO.

MADRID: Oficinas de este periódico, y en las librerías de Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Alfonso; Publicación, Pasaje de Matheu, y Moya y Plaza, Castruís, S.

Año V. Este periódico se publica todos los días, por la tarde, excepto los domingos. Jueves 3 de Setiembre de 1863. Redaccion y Administracion, calle de Preciados, núm. 57, cuarto bajo. Núm. 1183.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

Nueva-York 22.—Se cree muy dudoso que pueda ser tomado el fuerte Sumpter.
Lemberg 1.º.—Cartas particulares anuncian que Ruki ha sido batido y preso con un destacamento.

DICTAMEN

Acercas de la formacion de gobierno que, para constituirse definitivamente, conviene adoptar en Méjico, presentado por la comision especial en la sesion de 8 de Julio de 1863 fué nombrada por la Asamblea de notables reunida en cumplimiento del decreto de 16 de Junio último.

dique impuesto por las prescripciones de la moral. Las iglesias, las comunidades religiosas, los ayuntamientos, los hospitales, etc., eran bien poca cosa para satisfacer la sed de despojo, especie de fiebre dominante de la época, y muy pronto la nacion entera fué el inmenso botin señalado por la ambicion a una codicia sin límites.

entre los propios y los extraños, que crea en la eficacia de nuestras Constituciones, y que se persuada que siguiendo por la misma senda de las utopías republicanas, hubiéramos de lograr, entregados á nuestros propios esfuerzos, el bien inapreciable de nuestra definitiva consolidación? No, no mil veces: probado está por un reguero de sangre en que se han ahogado casi tres generaciones, por la destruccion de las mejor cimientos fortunas, por el último abatimiento del espíritu nacional, por la esperanza y la fe que han abandonado todos los corazones, que los sistemas de gobierno hasta hoy tan infelizmente ensayados, serán, si se quiere, de una excelencia suprema para países colocados en cierta altura, en que las mayores virtudes no sean una excepción, y en que el patriotismo venga á ser como la herencia forzosa de las almas vulgares.

primido por las violencias del despotismo, aquella popularidad no podía ser dudosa, y había sido pronosticada muy anticipadamente. Las armas de la Francia, atravesando el Atlántico, no han traído sus aguijas triunfadoras á las distantes playas del continente de Colon sino para decir á los mejicanos: «Libres de toda presión ejercida por facciones fratricidas, tiempo es de que constituyais á vuestra patria como mejor os plazca: consultad vuestros precedentes, llamando en vuestro auxilio á la experiencia; no recordéis vuestros antiguos padecimientos sino para investigar sus causas; extirpadlas, pues, que para apoyarnos, todo nuestro poder es con vosotros.»

SECCION OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.
S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en el real sitio de San Ildefonso sin novedad en su importante salud.
REAL DECRETO.
De acuerdo con mi Consejo de ministros, vengo en nombrar gobernador de la provincia de Leon á D. Angel Escobar, vocal y vicepresidente del Consejo de la de Alibate.

FOLLETIN.

BELLA-ROSA.
NOVELA POR M. AMADEO ACHARD.
(CONTINUACION.)
Un murmullo de aprobacion recorrió todo el círculo de los cortesanos, y el rey pudo observar la expresion de la más viva satisfaccion en todos los semblantes. Bella-Rosa, avisado por el duque de Luxemburgo, se preparó para presentarse al rey. Era la vez primera que iba á verse en presencia del soberano que llenaba la Europa de temor; y si su corazón no latía en un combate, latía fuertemente cuando siguió al duque á la residencia real. Ese grande aire de majestad de que Luis XIV estaba dotado, aturdió á Bella-Rosa; arrojándose, y esperó en respetuoso silencio.

SECCION OFICIAL.

era de aquellos que todo lo sacrifican al cumplimiento de sus deberes; dejó á Santa Clara de Ennery, donde estaban todas sus afecciones, á la derecha, dirigiéndose sin parar hasta Paris. La silla, precedida por La-Deroute, entró en el patio del palacio del señor de Louvois. Bella-Rosa bajó de ella y rogó á uno de los porteros le introdujera cerca del ministro.
—S. E. trabaja con el señor de Charny, dijo el portero.
—Decid pues á S. E. que vengo de parte de S. M. Luis XIV, respondió Bella-Rosa.
Al oír esto el portero desapareció, pero volvió en seguida.

SECCION OFICIAL.

necesario que la república sea borrada del rango de las naciones.
—¿Estáis allí, caballero? añadió el ministro dirigiéndose á Bella-Rosa.
—Sí, monseñor.
—¿Emmerik y Rug son vuestras?
—El duque de Luxemburgo las ha tomado; el ejército marcha sobre Utrecht.
—Utrecht será tomado.
—Lo sé.
—De toda la Holanda solo quedará Amsterdam.
—Amsterdam y Guillermo de Orange.
—Se les vencerá, caballero.
—Así lo espero, monseñor.
El señor de Louvois hablaba con entusiasmo, paseándose por la habitación; de repente se paró delante de Bella-Rosa: la expresion de triunfo se borró en seguida lentamente de su semblante. A su vez el ministro hacia plaza al hombre.
—Los negocios del reino han terminado; me imagino, caballero, que podemos pasar á los vuestros, le dijo.
—Vos no lo leísteis todo, monseñor, replicó Bella-Rosa, enseñándole con el dedo un pliego cerrado que había dentro del despacho.
El señor de Louvois abrió el pliego y recorrió su contenido de una sola mirada. Su semblante se puso lívido; cayó, mejor que no se sentó en la butaca. El señor de Charny abandonó la ventana y se acercó á él.
—Leed, le dijo el ministro.
El señor de Charny terminó su lectura sin que su impasible semblante expresase emoción alguna. Mientras que este leía el despacho, el señor de Louvois se volvió hacia Bella-Rosa diciéndole con voz balbuciente de cólera:
—Id, caballero, á la pieza inmediata; dentro de un instante os llamaré.
Bella-Rosa saludó y salió.
—¿Y bien?... gritó el ministro, luego que fué cerrada la puerta.

SECCION OFICIAL.

—Somos venidos, monseñor, dijo Charny.
—¿Coronel y vizconde de Malzonvilliers! ¡Todos los honores juntos! ¡A Bella-Rosa el grado de coronel y el título de nobleza!
El señor de Louvois temblaba de rabia, y sus labios estaban blancos.
—¿Por qué le dejaste escapar? gritó en seguida con el mayor calor.
—Este hombre es una anguila, ya lo sabéis, monseñor, respondió el señor de Charny. Le he hecho buscar en Paris y sus cercanías, y se fugó sin dejar rastro. En cuanto al ejército, es un océano.
—Se ha burlado de mí en mis barbas; le he tenido en mi poder, y se me escapa. ¡Ella también, los dos juntos!
—La marquesa, de la cual el buen gusto del rey hace una vizcondesa, ¿no está aún en Santa Clara de Ennery?
—¡Aunque se hallase en medio de la plaza Real, la autoridad del rey la proteje!
—¡Sí, pero hay el capitulo de los accidentes! replicó el señor de Charny.
El señor de Louvois se aterró; el modo con que su confidente había pronunciado aquellas palabras le daba un sentido claro y horrible.
—¡Ciertamente; yo nada puedo contra el azar, dijo el ministro á media voz.
Una sonrisa siniestra apareció en el rostro del señor de Charny.
—Es un poder ciego, y vos sois un ministro que veis claro.
—¿Vizconde de Malzonvilliers! murmuró el señor de Louvois; ¡coronel! ¡Dueño ahora del favor del rey!... Ved aquí lo que dice el rey Luis XIV. Quiere elevarle y se encarga de su fortuna.
El ministro leyó cinco ó seis veces las líneas escritas de puño y letra del mismo rey.
—Señor de Charny, añadió en tono imperioso volviéndose hacia él; el azar nada puede contra Bella-Rosa.

ga mayor latitud al elemento popular en las localidades, hasta la que más vigoriza el poder público en un centro común de unidad; desde la que se gobierna por las prescripciones que deberían ser inmutables de una Constitución, hasta aquella que las pone en entredicho, y abandona al país a las eventualidades de una autoridad discrecional. Tratándose de estas formas y de estas instituciones, ¿falta acaso por hacer algún ensayo? Si el defecto está en la persona, ¿se cambiarán los hombres de hoy a mañana? Si la falta se encuentra en el sistema, ¿dejará de ser de hoy a mañana, por una especie de encanto, lo que ha sido constantemente en cuarenta años respecto de la nación? No creemos voluntariamente los ojos a la luz que sobre esta materia arroja casi medio siglo de dolorosos contratiempos, y secudamos por fin el yugo de la preocupación funesta que solo nos ha servido para consumir nuestro exterminio. Seamos francos y leales, pues que la patria apela a estas virtudes (que aún no abandonan por dicha a todos sus hijos) en esta solemne coyuntura, en que su vida ó muerte va á salir como una fatídica sentencia de nuestros labios. ¿A quién tenemos, señores? ¿Qué es lo que puede sofocar en la garganta el grito de nuestra conciencia? ¿Cuál sería la influencia bastante poderosa para poner nuestros votos en contradicción con nuestras convicciones íntimas? Ninguna, job, con qué placer lo repetimos! ninguna, absolutamente ninguna.—La comision, pues, con toda la entereza que produce la fé santa del deber, con todo el valor que infunden las risueñas esperanzas con que se alimenta el más puro y desinteresado patriotismo, va por fin á pronunciar la palabra mágica, el nombre de la institucion maravillosa que en su concepto encierra todo un porvenir indefinido de gloria, honor y prosperidad para Méjico. Esta palabra, esta institucion es la MONARQUÍA... Sí, la monarquía, esa combinacion admirable de todas las condiciones que las sociedades necesitan para asegurar el orden sobre bases indisolubles; en que la persona sagrada que se eleva á la altura del trono ni es en verdad el Estado, pero sí su personificación más auténtica; en que el rey, más fuerte que todos, más poderoso que todos, superior á las maquinaciones de los anarquistas, de nadie necesita, á nadie teme, y así puede recompensar el mérito sin baja, como ser justiciero cerrando los oídos al espíritu de venganza. Sin temblar por las intrigas de los partidos, siempre más débiles, y que se agitan inútilmente en su propia impotencia, se entrega, exento de zozobras, á la realizacion de los planes más atrevidos de engrandecimiento nacional, los cuales lleva siempre á cumplido término, porque puede lo que quiere, y quiere la gloria de su pueblo, vinculada en la gloria de su nombre. Hoy de la tiranía, porque está seguro de que sin ella serán obedecidos sus mandatos, y porque el despotismo es sólo el último recurso á que apela el poder cuando presente que se aproxima irremisiblemente su fin. Sistema asombroso, debe repetirse, que entrañando en su naturaleza todos los principios y todos los gérmenes del bien, aun las malas pasiones del monarca dejan intacto su esplendor, que queda como un faro de esperanza de que la tempestad será pasajera, y de que cambiando de piloto se restablecerá la calma y la tranquilidad; institucion, en fin, cuyo influjo benéfico se hace sentir en los pueblos, á pesar de la perversidad de los hombres, á diferencia de otras que ejercen su maligno poderío, no obstante las altas virtudes de los que gobiernan. Así es como se explica la magestuosa marcha de las monarquías á través de una multitud de siglos, y de este modo es como con verdad puede decirse, que lo que sus enemigos llaman su decrepitud, no es más que la larga y gloriosa serie de avances que hacen los pueblos en la escala indefinida de la civilizacion y del adelantamiento. Así es como igualmente se descifra el portentoso problema que ofrece el imperio del Brasil, dichoso, próspero y pacífico en medio de ese fracamiento infinito de la América del Sur en microscópicas repúblicas, que hierven y se agitan todas en el fuego de la anarquía que las devora, y de la horrible discordia que las consume.

(Se continuará.)

EL REINO.

MADRID 3 DE SETIEMBRE DE 1863.

La Iberia dedica hoy su primer artículo á definir la naturaleza de las futuras Cortes y la irremediable brevedad de su duracion. Una serie de gratuitas é infundadas apreciaciones forman el cortejo del triste y severo vaticinio que formula el colega progresista. Nosotros podríamos emplazarle para cuando el próximo Congreso se encargara de demostrar el poco fundamento de sus juicios.—Sin que creamos que el actual ministerio, como todo lo humano, no puede dejar de ser fa-

—Nada por hoy, respondió friamente el favorito; está en vuestra casa.

El señor de Louvois tiró de la campanilla y dió orden para que entrara de nuevo Bella-Rosa.

—Su Magestad os quiere, caballero, por vuestra conducta en Holanda, y sobre todo, por el paso del Rhin, le dijo el ministro; sois coronel; debe tardaros la hora para llevar esta noticia al convento de Santa Clara de Enery; pero antes de ponerlos en libertad, permitidme reclamar de vuestra amabilidad un favor.

—Hablad, monseñor.

—Vos asististeis á esta última victoria de S. M., vos tuvisteis en ella una gran parte; más que otro cualquiera, estais en el caso de redactar la relacion de lo acontecido que me propongo enviar á los gobernadores de provincia. Es necesario que esto sea luego; sentaos allí y hacéda.

Bella-Rosa no tenia motivo alguno para negarse á ello; ocupó el sitio que le señalaba el señor de Louvois, y se puso á escribir.

—Sin embargo, dijo el ministro, si tuvieseis alguna carta que hacer llegar á manos de vuestra mujer, escribida, y se la llevarán en seguida.

Bella-Rosa aceptó la oferta. Mientras que él apresuradamente escribía unas palabras, los ojos del señor de Charny seguían los rápidos movimientos de su mano con una expresion diabólica. Cuando la carta estuvo cerrada, una sonrisa infame asomó á sus labios. El señor de Louvois tomó la carta, y salió el señor de Charny. Un momento después, un lacayo se presentó con el pliego de Bella-Rosa. El señor de Charny, que estaba acocchando en la antecámara como un gato, ávido é impacientemente se dirigió hacia el lacayo.

—Dadme esa carta, yo me encargo de ella, le dijo.

El lacayo, que conocia al señor de Charny, se la entregó sin dudar en modo alguno. Entretanto, La-Deroute y Grippard habian quedado en el patio del señor de Louvois, esperando el regreso de Bella-Rosa. La-Deroute triunfaba; más arrogante que un capitán, se paseaba por aquel patio que le habia visto hacia po-

libre; sin que tratemos de afirmar que la situacion presente debe ser eterna, nosotros pudiéramos, sin embargo, aseverar todo lo contrario de lo que La Iberia dice. Y sin duda que al hacerlo tendríamos alguna base, obraríamos á impulsos de la lógica. ¿Fue constitucional el advenimiento de este gobierno? ¿Es constitucional su actitud y su vida en estos instantes? ¿Deben hacerse y se harán las próximas elecciones con sujecion estricta á las prácticas constitucionales? ¿No puede el gobierno prometerse el apoyo de una mayoría que, aceptando los principios de su política, resuelva en un sentido patriótico y fecondo las graves cuestiones pendientes? Pues si nada de esto puede negarse, ¿por qué se ha de vaticinar tan inmediato y desastroso fin al Congreso y al gobierno? Lo que hoy es verdad, lo que hoy es aceptable, lo que hoy aparece á los ojos del país con todo el carácter de la normalidad, de la legalidad y de la conveniencia pública, no debe, no puede ser en modo alguno punto de partida para unas consecuencias tan heterogéneas como las que asienta el colega opositorista.

Peró dejemos el terreno de las suposiciones, y examinemos las razones en que La Iberia funda sus extraños juicios.

La primera, la de más bulto, la más grave, se encierra á nuestro juicio en las siguientes palabras de aquel periódico: «El partido progresista no será jamás llamado pacíficamente al poder.» Verdaderamente no somos nosotros los que debiéramos tomar acta de estas palabras; ellas van directamente al corazón del partido progresista, ellos deben afectarle profundamente. A nosotros nos parecen simplemente absurdas si las consideramos con el criterio constitucional, ó funestamente aclaratorias si las relacionamos con la proyectada abstencion del progresismo.

No; el partido progresista no debe creer que es imposible su vuelta al poder por medios pacíficos. El partido progresista se despoja, al decir esto, de todo su carácter legal, y aparece como autor de las más graves, de las más injustas inculpaciones. Si hasta ahora ha sido una triste verdad el advenimiento al poder del progresismo por las vías revolucionarias, la consecuencia de esta verdad ha sido la descomposicion, el decaimiento real é innegable de ese partido. Precisamente en romper con esa infansta tradicion, precisamente en divorciarse de esa necesidad de su pasado, debe estribar la más noble, la más patriótica esperanza del progresismo. El dejar de ser una amenaza para el principio del orden; el ofrecer todas las garantías de la normalidad constitucional á todos los poderes y á todas las clases; ese debe ser el secreto de la resurreccion que el progresismo apetece.

Peró si el partido progresista cree con La Iberia, que es uno de sus órganos, lo contrario; si tiene la íntima conviccion de que no puede ser partido gobernante más que con la ayuda de la revolucion, más que con la prolongacion indefinida y alarmante de nuestro periodo constituyente, y con la sistemática no aceptación de una legalidad común; si el partido progresista se reconoce á sí mismo como enemigo irreconciliable de la idea del orden, de toda evolucion pacífica y legal en la esfera parlamentaria ó gubernativa, entonces ya tenemos la clave de la abstencion que se dió ya á acordar. El partido progresista busca lo que es inseparable, lo que le es imprescindible, según sus propias afirmaciones: la revolucion.

¿Comprende La Iberia todo lo ocasionado de sus apreciaciones?

Otra de ellas, y tampoco la menos injusta, es el cargo que el diario progresista quiere hacer al gobierno por las coacciones de todo género que, según La Iberia, está ejerciendo en los distritos electorales. Con estas coacciones, y como resultado de estas coacciones, el sufragio nacional no puede dar sus naturales resultados. Siendo una mentira la libertad de las elecciones, y eligiendo el gobierno sus candidatos, dicho se

co tiempo husmar por todos lados y con mil disfraces. De muy buena gana hubiese contado los hechos de armas de su amo á cuantos por allí pasaban, y los miraba con el amor propio del que se considera protegido por el rey. En cuanto á Grippard, si habia oido por un instante á los humos del orgullo, que atontaban á La-Deroute, no habia tardado mucho en sentir la influencia del calor y del cansancio. Se sentó en un rincón, se deslizo lentamente en el suelo, y quedóse dormido al sol. Una hora después el señor de Charny apareció en el patio. La-Deroute tenia siempre ademanes de triunfo; de cuando en cuando miraba á Grippard, y decía que era hombre que no conocia sentimiento alguno de dignidad. Al ver al señor de Charny, La-Deroute frunció las cejas, pero le pareció que este hombre venido tres veces no era ni aun digno de odio, y se sonrió con el aire de un vencedor. El señor de Charny ni aun miró á La-Deroute, y subió en un coche que tenia preparado.

—Barrera de San-Denis, dijo, miró la carta que el

El coche partió á gran trocadero, y habia quedado en el

—¿Qué diables vais á hacer? preguntó Grippard frotándose los ojos.

—No lo sé, es mi idea... Ahora, no durmáis.

—Esta bien; ya estoy en pie, replicó el cabo; el servicio es antes que el sueño.

La-Deroute procuróse un caballo y marchó. El señor de Charny, como lo habia sospechado La-Deroute, habia tomado el camino de Santa Clara de Enery. En Saint-Denis relevó, y dió un Luis de oro al postillon para que llevara á escape sus caballos. Dejó á Pontoise detrás, pero á media legua de la abadía saltó á tierra el señor de Charny. Habia en un lado de la carretera una casita en que vendian vino y aguardiente á los viandantes, y delante de la casa un hombre que hacia saltar unas monedas de cobre en el aire. El señor de Charny acercóse á él.

—¿Queréis ganar dos escudos de seis libras? le preguntó.

—¿Qué camino de San-Denis, pensó él, es el que conduce también á la abadía de Santa Clara de Enery.

La-Deroute se quedó taciturno.

—¿Mi amo ha escrito alguna carta? preguntó vivamente al portero.

—Sí señor, ha escrito una carta, respondió un lacayo que estaba en la antecámara, y que era el mismo á quien el señor de Charny habia detenido.

—¿Esa carta, dónde está?

—El señor de Charny la ha tomado, diciendo que él se encargaba de ella.

La-Deroute frunció las cejas; la cara del señor de Charny tenia, en el momento que subió al coche, una expresion de satisfacion lígubre que notó el sargento. Sin saber el porqué, se asustó; era un hombre, ya lo hemos dicho, que creia en los presentimientos y que se sometia á su influencia. Cuando llegó al patio ya no pudo aguantar más; dió un puñetazo á Grippard, el cual dió un salto.

—Cuando bajo Bella-Rosa, le dijo el sargento, decidle que he marchado para Santa Clara de Enery.

—¿Vais á la abadía? ¿Qué diables vais á hacer? preguntó Grippard frotándose los ojos.

—No lo sé, es mi idea... Ahora, no durmáis.

—Esta bien; ya estoy en pie, replicó el cabo; el servicio es antes que el sueño.

La-Deroute procuróse un caballo y marchó. El señor de Charny, como lo habia sospechado La-Deroute, habia tomado el camino de Santa Clara de Enery. En Saint-Denis relevó, y dió un Luis de oro al postillon para que llevara á escape sus caballos. Dejó á Pontoise detrás, pero á media legua de la abadía saltó á tierra el señor de Charny. Habia en un lado de la carretera una casita en que vendian vino y aguardiente á los viandantes, y delante de la casa un hombre que hacia saltar unas monedas de cobre en el aire. El señor de Charny acercóse á él.

está que las futuras Cortes no pueden tener vida larga, independiente y digna.

Mil veces lo hemos dicho, y no nos cansamos de repetirlo. Por el respetuoso amor que tenemos á la prensa periódica, por el prestigio del sistema representativo, no quisiéramos ver formulados y escritos diariamente semejantes cargos. Cuando se trata de denunciar tales abusos al país, de llevar á cabo la infidelidad ó la alarma á ciertos espíritus cándidos; cuando se discute sobre materia tan trascendental é importante, no bastan, no, las suposiciones, las afirmaciones, las pinturas más ó menos energicas de hechos y sucesos semejantes. Es necesario que la prueba acompañe á la denuncia; es necesario que se citen esos hechos, que se mencionen, que se detallen, que se constaten, ó es forzoso someterse á jugar el poco favorable papel designado á la invencion y al apasionamiento. Así, que La Iberia nos diga y nos pruebe en qué consisten esas coacciones y esos abusos del gobierno: entonces podremos dar algún valor á sus palabras.

Peró aunque la actitud del gobierno llegase á traspasar los límites en que hasta ahora le ha contenido su inquebrantable respeto á la legalidad; aunque el gobierno no se contentase con expresar con loable franqueza, y en uso de su derecho, cuáles son ó deben ser los candidatos que considera más aceptables al desarrollo de su política, ¿qué gran partido es ese progresismo, que á pesar de tener tantas y tan universales simpatías en la nacion, no quiere ó no puede luchar, ni cree posible traer sus representantes al Congreso? ¿Qué se ha hecho de su ponderada popularidad? ¿Dónde está su fuerza moral, su valor, su significacion, su preponderancia ante la opinion?

De todo esto, solo una triste consecuencia puede en rigor deducirse. Ya la hemos indicado por nuestra parte. El partido progresista está muy lejos de tener el numeroso y constante proselitismo que se atribuye. Con el recuerdo de sus errores históricos; con el cisma en su seno; con la dispersion en sus filas; con la vacilacion y la oscuridad en sus tardías y nebulosas manifestaciones, apela, para su pretendida resurreccion, á lo que ha sido siempre la condicion inseparable de su viabilidad: la tendencia revolucionaria. Peró ¿no ha sido también su enfermedad mortal, y la causa de todas sus desgracias?

Nuestro respeto al Trono; nuestra veneracion al principio que en él se encarna; nuestro deseo de que de una vez para siempre desaparezca esa fatal costumbre creada por la situacion anterior de traer siempre al debate tan elevadissimos objetos, nos imponen el deber de protestar contra ciertas insinuaciones contenidas en la carta de San Ildefonso que, tomada de La Correspondencia de anteayer, insertamos en nuestro número de ayer.

Harto envenenadas están nuestras disensiones políticas; harto combustible arrojamos todos diariamente á la hoguera; harto agitamos la tea de la discordia, para que estas luchas, estas disensiones, estas miserias, queriendo traspasar sus naturales límites, intenten penetrar en ese augusto recinto en el cual no debe oirse otra cosa que los consejos leales del patriotismo, otra voz que la que se levante en defensa de las instituciones.

No.—Ante las gradas del trono debemos enmudecer; y si debemos hacer esto, con mayor razon estamos obligados á no mezclar nunca en las cuestiones políticas el sagrado é inviolable nombre del monarca, si no queremos que se nos acuse y se nos condene como reos de desacato á la Constitucion, que proclama muy alta la irresponsabilidad de la persona que representa aquel venerando principio.

La Correspondencia, por desgracia, á trueque de revestir sus noticias de una gran autoridad, olvida las lecciones de lo pasado; no recuerda la unánime protesta que resonó cuando, mal aconsejada, publicó la famosa última hora de su número del 25 de Febrero; y con todo ello hace un grave daño á las instituciones, provoca conflictos, y en último término, infringe la Constitucion, saliendo al propio tiempo de la órbita trazada por la conveniencia pública.

Nosotros, pues, que cuando La Correspon-

—El camino de San-Denis, pensó él, es el que conduce también á la abadía de Santa Clara de Enery.

La-Deroute se quedó taciturno.

—¿Mi amo ha escrito alguna carta? preguntó vivamente al portero.

—Sí señor, ha escrito una carta, respondió un lacayo que estaba en la antecámara, y que era el mismo á quien el señor de Charny habia detenido.

—¿Esa carta, dónde está?

—El señor de Charny la ha tomado, diciendo que él se encargaba de ella.

La-Deroute frunció las cejas; la cara del señor de Charny tenia, en el momento que subió al coche, una expresion de satisfacion lígubre que notó el sargento. Sin saber el porqué, se asustó; era un hombre, ya lo hemos dicho, que creia en los presentimientos y que se sometia á su influencia. Cuando llegó al patio ya no pudo aguantar más; dió un puñetazo á Grippard, el cual dió un salto.

—Cuando bajo Bella-Rosa, le dijo el sargento, decidle que he marchado para Santa Clara de Enery.

—¿Vais á la abadía? ¿Qué diables vais á hacer? preguntó Grippard frotándose los ojos.

—No lo sé, es mi idea... Ahora, no durmáis.

—Esta bien; ya estoy en pie, replicó el cabo; el servicio es antes que el sueño.

La-Deroute procuróse un caballo y marchó. El señor de Charny, como lo habia sospechado La-Deroute, habia tomado el camino de Santa Clara de Enery. En Saint-Denis relevó, y dió un Luis de oro al postillon para que llevara á escape sus caballos. Dejó á Pontoise detrás, pero á media legua de la abadía saltó á tierra el señor de Charny. Habia en un lado de la carretera una casita en que vendian vino y aguardiente á los viandantes, y delante de la casa un hombre que hacia saltar unas monedas de cobre en el aire. El señor de Charny acercóse á él.

—¿Queréis ganar dos escudos de seis libras? le preguntó.

—¿Qué camino de San-Denis, pensó él, es el que conduce también á la abadía de Santa Clara de Enery.

La-Deroute se quedó taciturno.

—¿Mi amo ha escrito alguna carta? preguntó vivamente al portero.

—Sí señor, ha escrito una carta, respondió un lacayo que estaba en la antecámara, y que era el mismo á quien el señor de Charny habia detenido.

—¿Esa carta, dónde está?

—El señor de Charny la ha tomado, diciendo que él se encargaba de ella.

La-Deroute frunció las cejas; la cara del señor de Charny tenia, en el momento que subió al coche, una expresion de satisfacion lígubre que notó el sargento. Sin saber el porqué, se asustó; era un hombre, ya lo hemos dicho, que creia en los presentimientos y que se sometia á su influencia. Cuando llegó al patio ya no pudo aguantar más; dió un puñetazo á Grippard, el cual dió un salto.

—Cuando bajo Bella-Rosa, le dijo el sargento, decidle que he marchado para Santa Clara de Enery.

dencia dió á luz su referida última hora del 25 de Febrero, condenamos la intemperancia del diario de noticias, debemos condenar ahora con mayoría de razon esa intemperancia, por lo mismo que La Correspondencia está considerada como ministerial.

¿Quién ha podido enterar á este periódico de lo que realmente pasó en una conferencia celebrada entre S. M. y un hombre político?

¿Quién la ha autorizado para revelar lo que allí se habló, y para hacerlo en los términos en que lo ha verificado?

La carta á que aludimos tenia por objeto dar cuenta de la entrevista que con S. M. la Reina tuvo la honra de celebrar el general Prim.

La Correspondencia, para dar mayor importancia á ese escrito de su corresponsal, le calificó con el insólito nombre de «comunicacion»; y hay en ella tales inconveniencias, se atribuyen allí al señor marqués de los Castillejos frases, ideas y conceptos tan irrespetuosos, que nosotros, si fuera cierto el relato de La Correspondencia, cosa que no queremos depurar, habríamos de protestar con mucha más fuerza de ese lenguaje, que estamos seguros no ha podido emplear el señor general Prim.

Es necesario que La Correspondencia sea en lo sucesivo más parca, y que al deseo de producir efecto subordine lo que en buenos principios constitucionales no es de la jurisdiccion de la prensa, lo que con arreglo á esos mismos principios no puede llevarse tampoco al Parlamento.

Nosotros, pues, al pedir lo que hoy pedimos; al desear lo que hoy deseamos; al protestar en los términos en que lo hemos hecho de la inconveniente «comunicacion» de La Correspondencia, estamos dentro de las doctrinas que siempre proclamamos, escribimos conformes en un todo con los precedentes por nosotros sentados; no cometemos inoportunidad alguna; no afectamos un monarquismo acomodaticio, de ocasion y de circunstancias.

Por lo mismo nos asombra que El Diario Español, que cuando La Correspondencia publicó su última hora del 25 de Febrero, es decir, en el momento en que cayó el ministerio O'Donnell, ó empuedeció ó fraternizó con las tendencias de aquel insensato escrito, venga hoy haciendo alardes de que aquel día hubieran estado muy en su lugar, y sobre todo lanzando á este ministerio acusaciones tan infundadas como las que se desprenden del siguiente párrafo de su artículo de fondo:

«Lo que no podía, lo que no le era lícito (al ministerio), era buscar por este medio y á toda costa, desatentada y locamente, una salida cualquiera en la angustiosa situacion en que se encontraba, haciendo que apareciera el soberano terciando en una contienda á la que nunca puede descender, y buscando tras de su augusto nombre los ministros, á favor de esta misera evolucion, un escudo que resguardase sus misérrimas personas, y bajo el cual se lisonjean, como dice La Correspondencia, de llegar seguros, y cerrando temerariamente los ojos ante toda clase de contingencias, á concluir su campaña electoral.»

Podría El Diario Español probar lo que se atreve á decir en las anteriores líneas? ¿Con qué derecho estampa frases semejantes? ¿Puede nunca ni aun el mezquino sentimiento de la malevolencia disculpar que á sabiendas se asienten cosas tan falsas?

Nosotros creemos que si descendieramos á defender al gobierno actual con tal motivo, rebajaríamos su dignidad y la nuestra, porque ciertos asertos deben entregarse á la conciencia pública para que, conociéndolos, los rechace con el más soberano desden.

Anunciamos con verdadera é íntima satisfacion que S. M. el Rey se halla restablecido casi del todo.

Yéase el parte que, confirmando nuestro anuncio, publica hoy la Gaceta:

Mayordomía mayor de S. M.—Excmo. señor: El excelentísimo señor primer médico ordinario de S. M., presidente de la facultad de la real cámara, me dió á las once de la mañana de hoy lo que sigue:

«Excmo. señor: S. M. el Rey nuestro señor continúa sin novedad en su convalecencia. En atencion al estado satisfactorio de S. M., cesan desde hoy los partes que he tenido la honra de dirigir á V. E.»

Lo que trascribo á V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Palacio de San Ildefonso 2 de Setiembre de 1863.—El duque de Bailén.—Excmo. señor presidente del Consejo de ministros.»

Completamente restablecido de la enfermedad que últimamente sufrió el Sr. Hurtado, hoy ha

—Aunque fuesen tres, si es posible, replicó aquel hombre, cuyos ojos brillaron de codicia.

—Venid y hacéd lo que os diré.

El señor de Charny condujo al hombre al coche, sacó una magnífica cesta envuelta en un lienzo finísimo de Holanda, y sacó de su bolsillo la carta de Bella-Rosa.

—¿Sabéis dónde está el convento de Santa Clara de Enery? preguntó el señor de Charny con la vista fija en el labriego.

—Muy bien, pues llevo allá legumbres y leche casi todos los días.

—¿Entonces os conocerán?

—Ya lo creo.

—¿Y no os sorprenderán al veros?

—¿Cómo se han de sorprender, si vivo de ir y venir de allá?

—Ireis, pues, á llevar esta cesta con esta carta inmediatamente.

—No es muy difícil; la distancia es corta, y tengo buenas piernas.

—Si os preguntan, responderéis que la carta y la cesta han sido traídas por un criado que cayó cansado delante de la puerta de esta casita.

—Muy bien.

—Os ofrecí dos escudos de seis libras...

—Y yo entendí tres, interrumpió el taimado.

—Y yo os daré cuatro si os hallais de vuelta dentro de un cuarto de hora.

—Allá voy volando.

En ocho ó diez minutos, el labriego, que habia tomado atajos y senderos que conocia perfectamente, estuvo á la puerta de la abadía. Apenas habia llamado, cuando se abrió el torno, y entregó el cesto y la carta á la tornera, y como ya le conocian se marchó sin que le hiciera pregunta alguna. Al cabo de un cuarto de hora volvió regresar el señor de Charny.

—Ésta hecho, dijo el labriego.

—Ahí va lo prometido, respondió el señor de Charny, cuyos ojos brillaban de satisfacion.

debido salir para Valladolid, de cuya provincia es gobernador.

Los ministros de Fomento y de Marina se han detenido en San Ildefonso para asistir á la gran cacería que debe tener lugar hoy en Riofrio.

De La Correspondencia de anoche tomamos los siguientes párrafos:

«Las dos líneas de la carta de nuestro corresponsal de la Granja que han visto nuestros lectores, en que se dice que uno de los rumores que por la Granja corre, y por cierto con escaso crédito, era el de que S. M. habia dicho al marqués de los Castillejos que á la vuelta de la corte á Madrid se arreglaría todo de un modo digno y amistoso; esas dos líneas, á las que nosotros corresponsal quita todo su valor, refiriendo los asuntos del ministerio despues de la conferencia, que se celebró la fuerza y la resolusion del gabinete; esas dos líneas han servido hoy de pretexto á los progresistas para suponer que á la vuelta de la corte el ministerio tendrá que ceder en la cuestion de la circular, como único medio de que se llegue á un arreglo. Pero tenemos que desvanecer estas esperanzas rotundamente lo que ya ha dicho varias veces La Correspondencia: que el ministerio se halla firmemente resuelto á sostener el principio de que á las reuniones electorales solo deben asistir los electores; que esta resolusion es conocida en todas partes, y que despues de la conferencia del general Prim con S. M., tiene mayores motivos, si cabe, para conocer hasta dónde disfruta de la regia confianza.»

—Hoy fundan sus esperanzas los opositoristas en que el Sr. Moreno Lopez provocará, á propósito de la circular sobre reuniones electorales, una nueva crisis. Hasta se dice que ha enviado su dimision ó anuncio su propósito de retirarse.

Una y otra cosa son completamente falsas. —Tenemos motivos para creer infundada la noticia dada anoche por La Epoca, de que el duque de la Victoria ha aconsejado á los progresistas, como un medio de salir del compromiso en que se encuentran, que se declararan solemnemente en el manifiesto que va á darse, que el partido progresista, como entidad política, se abstendrá de concurrir á las urnas; pero que los individuos que lo componen quedan en libertad de dar sus votos á quien tengan por conveniente, como ejemplos particulares, como electores que usan, por decir así, de su autonomia.

Personas amigas del duque de la Victoria nos han asegurado que este no ha aconsejado semejante cosa.

—Siguen llegando diputados y senadores progresistas para la junta que debe celebrarse á fines de la semana. Aunque todos suponen, como ayer dijimos, que se verificará el sábado, la verdad es que aún no está fijado el día ni el local en que tendrá efecto.»

Hoy se verificará en el real sitio de San Ildefonso la cacería real que dijimos ayer estaba preparada. S. M. el Rey muestra deseos de asistir á ella; pero se duda que los médicos lo crean conveniente. Los convidados á la cacería son unas 50 personas, entre las que se cuentan todas las más distinguidas que quedan en el sitio.

Leemos en La Iberia:

«Corre con bastante crédito la noticia de que el señor Moreno Lopez ha manifestado por escrito á sus compañeros que no está conforme con el espíritu y letra de la circular sobre reuniones electorales, que tantos disgustos ha causado y sigue causando al ministerio.»

Antes de ahora se habia dicho ya que algunos otros ministros participaban de la opinion emitida por el Sr. Moreno Lopez.

Como se ve, la armonía que reinaba en el seno del gabinete no puede ser mayor.»

Y dice El Contemporáneo:

«Esta noticia nos parece inexacta, porque si fuera cierta no se hubiera tardado más de diez días en haber la opinion de un ministro sobre la circular del 20 de Agosto, mayormente cuando el telegrafo suprime las distancias y cuando el asunto á que se refieren los rumores es tal, que no puede suponerse que se dejara de poner, sin pérdida de tiempo, en conocimiento del ministro que estaba fuera de la corte.»

Creemos lo mismo que El Contemporáneo.

Dicen de Francfort que ha llegado á aquella ciudad el príncipe Oscar de Suecia y que ha tenido una entrevista con el emperador de Austria.

No es dudoso creer que este viaje del príncipe Oscar tenga relacion con los asuntos dinásticos alemanes, con objeto de prevenir las complicaciones que las últimas comunicaciones entre el gobierno de Copenhague y la Dieta de Francfort han dejado entrever.

Los diarios austriacos, que no verian con agrado

Subió en el coche y volvió á tomar el camino de París. Cuando llegaba á Francoville, La-Deroute venia á escape, y pasó como una flecha frente del coche. El señor de Charny asomó á la ventanilla del coche, siguiendo con la vista el polvo que levantaba el ginete.

—Llegará tarde por esta vez, murmuró él cuando lo hubo perdido de vista.

La-Deroute obedecia ciegamente á la secreta influencia que le empujaba; la rapidez de la coorrida, en lugar de disminuir su ardor, le aumentaba. Iba á pasar por delante de la casita donde se habia parado el señor de Charny, cuando la correa del estribo se rompió. La-Deroute detuvo el caballo, y se apeó. El labriego estaba en la puerta, pero esta vez hacia saltar escudos en lugar de sueldos de cobre como antes.

—Si tenéis algun encargo para la abadía de Santa Clara de Enery, dijo él al sargento, podéis darme la mientras arreglan los estribos; ahora vengo de allá, y si queréis volveré.

provincia es... a Granja... a la gran... toman... correspons... a Granja... a la gran... toman... correspons... a Granja... a la gran... toman... correspons...

guerra al cristiano... Visto esto por el sargento que estaba nombrado de ronda... Presse dice también que en Stockolmo... Gaceta Austriaca está acorde con el Memorandum diplomático... Carta de Berlín dan a entender que el proyecto de un tratado...

El Diario Español escribe hoy un suelto en que no sabemos si admirar más el tejido de falsedades que en él se advierte... Ha dicho La Iberia: «El Eco del País se extraña de que el marqués del Duero no haya ido al campamento de Chalons... Nuestra estimado colega El Contemporáneo, a propósito de la cuestión de los cien candidatos...

El Diario Español copia a continuación el artículo que ayer dedicamos a La Epoca... El Diario Español copia los anteriores párrafos y añade: «Los rumores de que se habla en este último párrafo no tienen fundamento... Ayer debió llegar a esta corte el señor capitán general marqués del Duero... Se ha concedido cuartel para esta corte al brigadier D. José Riquelme... Se han concedido, por el ministerio de la Gobernación, 400,000 rs. con destino a la construcción de una cárcel en Andújar... Se ha dispuesto que a los soldados enfermos a quienes se les concede licencia temporal se les auxilie con un mes de haber cuando el viaje que han de emprender no exceda de 50 leguas... Se ha concedido el regium exequatur a D. Guillermo Etling, nombrado cónsul general de los Países-Bajos en España, con residencia en esta corte... He aquí la carta que M. Julio Gerard, el célebre cazador de leones, ha escrito al duque de Wellington desde la corte del rey de Dahomey...

sacrificios humanos que se efectúan a la sombra de su bandera, y muchas veces a la vista de sus mismos cónsules y comandos. Dice así el notable escrito que nos ocupa: «Señor duque: Vuestra Gracia sabe perfectamente que pocos hombres ganan en que se les vea de cerca, a no ser que sean personas de mérito y talento... El rey de Dahomey, a pesar de sus títulos, que significan el Eterno y el Infinito, justificó aquella regla, de la cual no es una excepción... He pasado veinte días en Kana, a donde el rey había acudido para asistir a la celebración de estas pequeñas ceremonias... La recepción que el rey nos hizo a mí y al cónsul francés, fué brillante; pero luego pudimos convencernos que esto no era más que la comedia de siempre para ganar los presentes traídos por los blancos... Al día siguiente S. M. nos invitó a ver pasear en procesión las riquezas del rey... He aquí, señor duque, el hombre, el gobierno y el pueblo a quienes ahora habíamos esperado conducir a una senda menos contraria a las leyes de la humanidad... Hace más de tres años que se dijo por quien lo entiende que el ex-convento de San Martín, que es hoy cuartel de la Guardia civil, se hallaba denunciado... La sociedad lírico-dramática La Nueva Infancia, consagrada al divertimento y a la instrucción artística de los niños, empezará muy pronto a dar sus funciones en el teatro del Príncipe, para cuyo efecto está ensayando una obra original, en dos actos... Diga V., caballero, colocado en la plaza de Isabel II, ¿ve V. bien la Puerta del Sol? No, señor, porque la casa del conde de Oñate conserva todavía aquella antigua protuberancia, que no solo aleja, sino que estrecha la calle de una manera peligrosa e insultante... Dicese, no sabemos hasta ahora con qué fundamento, que se trata de dar más ensanche a la mezquita plaza de Herradores con el derribo de las casas del ángulo que da a la calle de la Escalinata... Hoy se dará una función dramática en el lindo teatro de la Platería de Martínez, a beneficio de los desgraciados de Manila... Como caso práctico y remedio contra la hidrofobia, cuenta el Sr. Gastaldó, profesor distinguido y colaborador de varios periódicos científicos de Madrid, que en Rusia se curaron catorce personas mordidas por perros rabiosos, sujetándose al tratamiento de un anejo del país, el cual hizo un coimiento de las flores y cogollos de la ginebra (Ginestra lutea tinctoria), del cual administró la cantidad de libra y media por día... Desde el momento y al paso que salían, los abría y los quemaba con un hierro encendido, y después mandaba a los enfermos enjuagarse con el expresado cocimiento.

SECCION RELIGIOSA. SANTOS DE MAÑANA. Santa Cándida, viuda; Santa Rosa de Viterbo y Santa Rosalia, vírgenes. FUNCIONES DE IGLESIA. Cuarenta horas en la parroquia de Santa María, donde prosigue celebrándose la octava de Nuestra Señora de la Almodena... SECCION COMERCIAL. BOLSA DE MADRID. Cotización del día 2 de Setiembre de 1863. Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 53-35 y 40; no publicado, 53-30 p.; a plazo, 53-45 c. fin cor. 6... Títulos del 3 por 100 diferido, publicado, 48-80; a plazo, 49 y 49-05 c. fin cor. vol. Duda amortizable de primera clase, no publicado, 39 d... Duda amortizable de segunda clase, publicado, 28 50; a plazo, 28-65 c. fin cor. vol. Duda del personal, no publicado, 24-50. Duda municipal de sisas del ayuntamiento de Madrid, con 2 1/2 de interés anual, no publicado, 48 d. Obligaciones municipales al portador, de 4, 1,000 reales, 6 por 100 de interés anual, no publicado, 92 d. Acciones de carreteras, emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4,000 rs., 6 por 100 anual, publicado, 99-50. Idem de 2,000 rs., no publicado, 90-50 d. Idem de 1.º de Junio de 1851, de 2,000 rs., no publicado, 98-75 d. Idem de 31 de Agosto de 1852, de 2,000 rs., sin cupón, no publicado, 98. Idem de 9 de Marzo de 1855, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 2,000 rs., no publicado, 101. Idem de 1.º de Julio de 1856, de 2,000 rs., no publicado, 99. Idem de obras públicas de 1.º de Julio de 1858, no publicado, 99. Idem del canal de Isabel II de 1,000 rs., 8 por 100 anual, no publicado, 110-25 p. Obligaciones del Estado para subvenciones de ferrocarriles, publicado, 98-10 y 20. Acciones del Banco de España, no publicado, 219 25 d. Idem hipotecarias del de Isabel II de Alar del Rey a Santander, con interés de 6 por 100, reembolsables por sorteos, a 137 1/4 por 100, id., 110 d. CAMBIOS. Londres a 90 días fecha, 50-05 p. París a 8 días vista, 5-22 d. Hamburgo a 8 días vista, 44-20 d. ESPECTACULOS. TEATRO DEL CIRCO. A las ocho y media de la noche. Lances de honor, drama en tres actos.—Baile.—Maruja, pieza en un acto. TEATRO DE LA ZARZUELA. A las ocho y media de la noche.—El zapatero y la maga, zarzuela en tres actos. CIRCO DE PRICE. A las ocho y media de la noche.—Varios ejercicios escocidos, entre los cuales desempeñará el atrevido funambulero Sr. Casali su muy aplaudido trabajo.—El doble salto mortal.—La casa mágica, pantomima cómica.—Los portadores de esta función se anunciarán por carteles. CIRCO DEL PRINCIPE ALESSANDRO. A las ocho y media de la noche.—Brillante y variada función a beneficio del clown Blondeau.—Los portadores se anunciarán por carteles, y los programas se distribuirán a la entrada del circo. Editor responsable: D. MANUEL MARTINEZ. Madrid: 1863.—Imp. de M. Tello, Preciados, 86.

